

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Escrito por

Jesús José Camacho Lucas-Torres

@chexual



capítulo cuatro

AVISO +18

Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la pasión y la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.

**sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades
@chexual**

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

La Guerra de la Nueva Era supuso el primer contacto de la humanidad con inteligencia extraterrestre. Transformó por completo la manera en que se entendían el Universo y la existencia misma, y sus consecuencias tuvieron efecto a nivel global. La súbita adquisición de conciencia sobre nuestra fragilidad engendró una ola de fraternidad que ridiculizó las disputas que enfrentaban a los pueblos, y sus dirigentes no tuvieron más alternativa que la cooperación por la supervivencia. Las fronteras cambiaron, cayeron; gobiernos enemigos se dieron la mano en históricos tratados de apoyo internacional, y el territorio se adaptó para prestar auxilio a los refugiados que se vieron obligados a dejar atrás lo que tenían en una América moribunda. Sociedades enteras se habían quebrado, pero el miedo unió los trozos.

Estados Unidos había sido vaporizada. La estrategia bélica desplegada por los invasores fue fría y sanguinaria, y diversas investigaciones posteriores han señalado que su objetivo, más allá de la aniquilación de los seres humanos, era la transformación planetaria. Tanto los dracónidos como los fórmidos, las dos especies alienígenas que se instalaron en Marte, soportaban bien la radiación, y bombardearon con tecnología desconocida hasta aquel momento centrales nucleares en Illinois, California y otros estados de la Costa Este. También fue bombardeada la central de la Laguna Verde, en México. De no haberse producido una contraofensiva terrestre con arsenal atómico contra la llanura de Isidis, donde los dracónidos habían amartizado y desde donde operaban, las habrían seguido otros centros en Europa y Asia.

Toneladas de material radiactivo quedaron expuestas, flotando en una nube prácticamente infinita de ceniza y polvo que se extendió por todo el hemisferio Norte. El humo y la lluvia contaminaron los lagos Michigan y Hurón, y a partir de ellos fue cuestión de días que la flora que recorría el sistema fluvial del río San Lorenzo mostrase síntomas de enfermedad. Los cultivos, desatendidos mientras la gente huía hacia los campamentos de refugiados y desnutridos por la opacidad de un cielo cubierto de polvo, empezaron a morir, aunque eso importaba poco puesto que los que aguantaron no se cosecharon por recomendación de los organismos sanitarios. La hambruna se desató en cuestión de pocas semanas, y tras ella llegaron las pestes.

Canadá y el norte de Sudamérica también sufrieron los efectos de los bombardeos. Se comprobó la presencia de partículas radiactivas en el río Magdalena, el Orinoco, el Madeira y el Amazonas. Era más que una catástrofe. Estados Unidos y México se convirtieron en un erial deshabitado cuando se establecieron rutas entre los campamentos y Eurasia, adonde emigró la mayoría de los refugiados. En Canadá quedaron varios núcleos poblacionales viables que vieron incrementada su población, aunque no fue nada en comparación con los países del centro y sur de África, cuyas zonas rurales experimentaron un aumento demográfico histórico, o con Marte, cuyas colonias superaron tras la guerra los diez millones de habitantes. Sin embargo, de entre todas las crisis que se desataron durante la posguerra, la más trascendental fue la del Amazonas.

El cambio climático ya había hecho mucho más difícil la supervivencia vegetal y, por ende, la labor agraria. La temperatura media del planeta había aumentado tres grados en menos de un siglo condenando a la sequía a los países cercanos al ecuador, y a eso se sumaron el vapor y las lluvias radiactivas que acabaron con millones de kilómetros cuadrados de bosque y selva. Los cadáveres secos de árboles y plantas fueron el alimento perfecto para el fuego, que surgía de manera espontánea en cualquier tormenta creando incendios masivos. Se extinguieron especies endémicas de la selva amazónica como el boto o el perezoso, y de nuevo hubo que desalojar ciudades enteras por la amenaza del fuego y el humo. África, la península arábiga y las colonias de Maru y Liberty fueron los receptores principales, pero los asentamientos de lo que se conocía como el Extremo de la Galaxia eran todavía jóvenes y no estaban preparados para soportar a tanta gente, por lo que la reubicación de refugiados no mitigó los problemas de escasez.

Parte de los inmigrantes que se resistieron a abandonar el planeta siguió avanzando hacia el sur, donde se creó el último reducto de la sociedad latinoamericana. Se bautizó al nuevo país como República Sudamericana, un lugar que comprendía territorio de lo que anteriormente habían sido Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay y Brasil. Fue gracias a este nuevo gobierno que se pudieron organizar con eficiencia los esfuerzos internacionales por la preservación natural, consiguiendo que la cuenca

hidrográfica del Río de la Plata quedase inalterada. Esto permitió al país cultivar, y así asentarse y crecer.

Los gritos de auxilio del Amazonas tuvieron dos efectos inmediatos sobre la colonización de Mundo Agrícola: por una parte, el estancamiento de la construcción de las granjas fotovoltaicas; por otra, la posibilidad de poner en funcionamiento las granjas existentes mientras se establecían explotaciones agrícolas en la superficie no ocupada. En teoría, era posible. La composición de la atmósfera era favorable y la acción de las plantas facilitaría la transformación y la adaptación de otras vidas. El suelo era rico. El calor y la radiación, teniendo en cuenta la edad del sistema y el recorrido de las órbitas de los cuerpos que lo formaban, se podría asumir con edificios bien diseñados y una estrategia terraformativa sólida que persiguiese una atmósfera protectora. Para eso las plantas eran fundamentales, y para tener plantas necesitaban agua. Ese era el principal inconveniente. Los océanos de Mundo Agrícola habían desaparecido hacía miles de años, y allí donde había lagunas líquidas estaban llenas de ácido.

Marte, que fue la alternativa a la que se recurrió en primer lugar, se desestimó pronto. Su concepción nunca había sido la de una colonia de recursos sino la de una nueva cuna, y como tal los colonos recién llegados se agrupaban en grandes ciudades que estaban destinadas a convertirse en megalópolis, potentes en cuanto a industria y comercio, pero sin espacio para zonas rurales donde primase el cultivo. Evidentemente lo había, la idea de una colonia extraterrestre era impensable sin la agricultura interior como pilar fundamental, pero Marte ya había tenido problemas para subsistir por sí mismo.

El caso de las colonias extremas era aún peor. En Maru, un planeta de atmósfera hostil y suelo áspero, solo había un asentamiento, gigantesco e industrializado, en el que vivían pocos humanos y había poca agricultura, toda de invernadero y suelo artificial, puesto que la mayor cantidad de labores quedaban a cargo de androides (cuyo número triplicaba al de personas); en Liberty, la calidad de un suelo volcánico rico se enfrentaba a una geomorfología difícil de labrar, con cadenas montañosas salpicadas de volcanes como el Monte Pagos que plegaban la práctica totalidad de la superficie del planeta; y Outlaw, por ser tan joven, ni siquiera se tuvo en cuenta.

Hubo varias iniciativas solidarias en casi todos los asentamientos que se tradujeron en toneladas de alimentos con destino a la Tierra, cada colonia aportando lo que podía, pero era del todo insuficiente y no solucionaba el otro gran problema de los desplazados: su alojamiento. La migración natural que provocó la contaminación hizo que colapsasen muchos servicios, sobre todo en Maru, que fue quien más gente recibió, pero también en Liberty. Si el flujo migratorio se mantenía, y además el gobierno estimulaba la producción agrícola (lo cual alentaría la migración), sin invertir en los servicios que demandaría una comunidad mayor (lo cual era

impensable en ese punto por la falta de medios), la estabilidad de las colonias extremas estaría en grave peligro. El mundo de Alula Australis, sin embargo, era una oportunidad para empezar de cero.

La urgencia de la situación exigió acelerar ciertos protocolos. El hambre se extendía, sobre todo en África, que no estaba preparada para un cambio de paradigma tan brusco y concentraba en sus capitales disturbios y saqueos, civiles desesperados por aliviar la escasez de sus familias impuesta por los racionamientos tal y como las leyes de posguerra dictaron siglos atrás. Necesitaban comida. Muchos ingenieros y constructores de la base orbital de Mundo Agrícola fueron recontratados y empezaron a trabajar equipados todavía con EMUs que, pasado el tiempo y avanzada la terraformación, evolucionarían a lo que se conocía ahora como trajes frigoríficos. Se podía salir sin ellos, pero no era cómodo ni recomendable por un calor que se convertía en algo insoportable tras pocos minutos en el exterior.

El plan de acción que remitieron desde la Tierra incluía el levantamiento de tres grandes complejos de génesis hídrica para los que ya se había puesto en marcha una nave de apoyo que se encargaría de construir uno de ellos, pero hasta que los generadores fuesen operativos pasarían, en el mejor de los casos, varios meses, y la gente no podía esperar tanto, así que a los pobladores originales del planeta, que se hospedaron en las habitaciones del centro desde donde se gestionaban las obras de las granjas energéticas, se les designó la construcción de viviendas, cuatro grandes edificios semisubterráneos parecidos al que habían ocupado, con capacidad para cincuenta personas, y una balsa que sería el surtidor principal de una explotación temporal. Levantaron cada vivienda a quince kilómetros unas de otras y las conectaron mediante carreteras rectas que no asfaltaron. En el centro del prisma que formaban los caminos excavaron la alberca, y cubrieron una cuarta parte del terreno restante con invernaderos a los que se les aplicó una solución de microcristales fotocromáticos que protegerían a las plantas de la radiación más agresiva y les permitirían descansar durante las horas a las que esas longitudes de onda golpearan el planeta, reduciendo así el estrés al que estaban sometidas.

Así fue como los agricultores llegaron a Mundo Agrícola y dieron nombre al planeta, a sus tierras, y a los astros del sistema, asentando una nueva comunidad bien preparada para una vida adversa que contaba con los servicios que requería, no más. Casi todos los colonos que poblaron las granjas eran solteros o parejas sin hijos que provenían de zonas rurales de latinoamérica, aldeas, pueblos o pequeñas ciudades, incluyendo descendientes de los estadounidenses desplazados por la Guerra de la Nueva Era que establecieron entre Brasil y Bolivia una gran comunidad. Casi todos ellos conocían conceptos básicos de agricultura o ganadería, unos más técnicos que otros, pero a la hora de trabajar todos mostraron la misma diligencia. Eran concienzudos y dóciles, estaban acostumbrados a

las inclemencias climatológicas y la precariedad, y sus nuevas condiciones, tan esperanzadoras como escandalosas, parecían agradecerles. Sus necesidades estaban cubiertas y formaban parte de una misión esencial para la supervivencia de la humanidad. El planeta les había salvado la vida. No pedían más.

Solo faltaba un aporte mínimo de agua para empezar a cultivar, a la espera de que los generadores del primer complejo estuviesen acabados. En Liberty, las abundantes cadenas montañosas albergaban cráteres de volcanes inactivos contra cuyas paredes chocaban las nubes, depositándose así el agua en enormes glaciares, y la Tierra instó a la colonia a donar el hielo necesario para llenar la única balsa construida en Mundo Agrícola. Liberty se negó, proponiendo en su lugar una venta a cualquier país que quisiera comprárselo para que fuese el gobierno de ese país quien hiciese la donación. Nadie esperaba que una colonia tan pequeña y en la que se invirtió tanto como Liberty reaccionase con tal egoísmo, y en cuanto esa información se hizo pública la gente se echó a la calle a lo largo de todo el globo, e incluso algunos colonos, conmocionados, se sumaron a las movilizaciones exigiendo con indignación que se interviniese la colonia y se exportase ese hielo con inmediatez. Las manifestaciones no habrían hecho falta, porque el agua era esencial y pertenecía, en última instancia, a la Tierra, así que Liberty no tenía ningún derecho real sobre ella. Junto a los hieleros viajaron algunos soldados, y aunque la extracción crispó los ánimos del gobierno colonial, pudo llevarse a cabo con rapidez y sin incidentes.

Una vez sometida al tratamiento desinfectante pertinente, se condujo el agua a Mundo Agrícola y se acondicionó para que la introducción de algunas familias de carpas fuese viable. En poco tiempo, los peces producen nitratos beneficiosos para la vida vegetal, de modo que se canalizó el agua para que irrigase las instalaciones de los invernaderos, donde mediante hidroponía consiguieron sacar adelante varios cultivos hortícolas, principalmente calabacín, berenjena, pimientos y tomates, y verduras como acelgas, lechugas y espinacas. De forma paralela, también en invernadero pero bajo riego por goteo, se cultivaron diferentes tubérculos. Estas plantaciones recibieron una atención especial por su alto valor energético, pero sobre todo por sus cortos períodos de crecimiento. En solo un mes pudieron cosechar lechugas; en mes y medio tuvieron listo un envío de rábanos y calabacines; en dos, las zanahorias; semanas más tarde, las patatas, y tras cruzar ese umbral, todos los meses pudieron enviar cantidades importantes del resto de hortalizas. La pérdida de agua, además, era mínima, pues fluía por canales impermeables y la que se perdía por evapotranspiración se condensaba en las paredes del invernadero y resbalaba hasta tuberías de desagüe que la incorporaban a la red hasta la depuradora, donde se trataba en pos de volver a utilizarse y así no abusar de las reservas de Liberty.

Satisfechos con el rendimiento de la inversión, la Tierra volvió a abrir el proceso de selección de colonos. El trabajo siguió el modelo hidropónico importando agua libertense hasta que hubo nuevas granjas listas y el primer complejo generador estuvo terminado. Ahí empezó realmente la misión. La disponibilidad de agua permitió la incorporación de sistemas de riego de pivote central para tratar los sembrados de cereales, y el goteo, aunque lo hizo más tarde, hizo prosperar plantas leñosas y semileñosas. En esos cultivos se observó el desarrollo de micorriza entre las plantas de vid y hongos nativos que sobrevivieron a la desinfección pero que no tuvieron ningún efecto nocivo ni en la planta ni en la fruta.

La primera cosecha de trigo de Mundo Agrícola, que fue íntegra para la Tierra, sumó quinientas mil toneladas. Escaso para las necesidades que afrontaban, pero significativo por el alivio que supuso. Cuando las tres estaciones funcionaron a pleno rendimiento el número de granjas se disparó, se crearon tres núcleos urbanos, y el territorio se dividió en tres provincias independientes. Estaban separadas por las cañerías de distribución de agua principales, y en función de eso se las llamó islas, aunque en rigor solo la isla de Balfour, a la que regaban aguas de todas las estaciones hidrogenéticas, lo era. Allí, lindando con la segunda estación, se hallaba el Rancho Pierce.

